

bre. 1910

PACIFICO

PRECIO UN PE

MAGAZINE





Era un piño de potrones que se acercaron a él entre curiosos y deferentes.

COLIHUACHO

Por

RAFAEL MALUENDA

(Historia de un cuadrúpedo)

Dibujos de Oliver.

Le pusieron nombre atendiendo, de seguro, a dos de sus condiciones de animal: a la cola larga, pelada, con un raído mechón en la punta y a su procedencia de cuadrúpedo sin antecedentes.

Era un macho viejo, que unos carretoneros dejaron en el fundo a cuenta de talajes y cuyo trabajo consistía en servir de puntero a la piara de yeguas que, durante las cosechas, hacían la trilla de los porotos y de las arvejas.

Destroncado, espiado, cubierto de mataduras y de marcas, Colihuacho llevaba sobre el pellejo la historia de sus padecimientos. Las peladuras del pecho y la inchazón de las nerveras hablaban de los días en que se agotó arrastrando a diario un ca-

rro lechero, allá en el lejano pueblo en donde nació; más tarde le rompieron los ijares, haciendo de cinchero de un carretón de feria; pasando de mano en mano, mientras su valor se reducía aumentaba el trabajo y se le hacía más difícil desempeñarlo, hasta que vino a parar a manos de aquellos carretoneros, en cuyo servicio—mal alimentado y peor tratado—permaneció arrastrando enormes cargas, cuando no eran inmensos manojos de pasto de los cuales apenas al sus bellos saboreaban una brizna.

¡Qué días aquellos!

Los días en que todavía soñaba con el ideal de llegar a ser "macho del ejército". Porque ¡qué más puede anhelar un macho? Buen alimento, buena pesebrera, mejor ca-

ma, mucho cuidado y poco trabajo: arrastrar las cureñas los días de ejercicio o de parada, o bien llevar las ametralladoras sobre el lomo, en elegante aparejo y conducido de la mano por los más suaves caminos.

Pero la suerte contrarió sus sueños y lo hizo caer entre la falange de machos que trabajan brutalmente para contribuir—en forma indirecta—al regalado mantenimiento de esos machos privilegiados que están en el Gobierno, gozando de una situación espectacular.

Es cierto que Colihuacho apenas si podía darse cuenta de su situación: trabajando desde la aurora al crepúsculo no le quedaba espacio para meditar y de aquí que durante largos años creyera que su miserable destino era cosa fatal con la cual había de resignarse; de aquí que las manifestaciones de su descontento se limitaran a una secreta envidia por los machos burócratas que tienen asegurado el trabajo liviano y el alimento abundante.

Fatalizado y viejo, lo dejaron un día en la hacienda.

¡Qué días!

Pasadas las cosechas, en cuyas faenas tomaba parte, se le dejaba trisear tranquilo en los potreros, acariciado por el sol, que resquemaba su piel color chocolate, y espantándose las moscas con el raído plumerillo del rabo. No se le ensillaba porque los pesados trabajos le dejaron una andadura áspera y desigual y porque las mataduras del lomo, sobre las cuales pululaba un enjambre de moscas, se le irritaban reclamando remedios que nadie quería tomarse el trabajo de hacerle.

En contacto con la soleada tierra, libre de las explotaciones que le magullaban el cuerpo y le embotaban el instinto; mirando pastar en las vecindades los grupos de vacas lecheras, las mansadas de ovejas, los hermosos bridones de silla y los pacientes bueyes de tardas andaduras y melancólico mirar, aquel macho—que tenía en la sangre la despierta inteligencia del caballo junto al abundante buen sentido del burro—un día pensó.

Y este primer signo de verdadera existencia—según Descartes—dió margen en su idiosincrasia de macho a una turbulenta vida interior.

Se sintió alegre, se sintió fuerte y rejuve-

ncido; un sano optimismo acarició su ánima despojada ahora de aplastantes servidumbres, y sin poder contenerse se dejó caer sobre el pasto, echando al aire las cuatro extremidades frenético de entusiasmo, borracho de alegría.

Las ambiciones, que antaño lo ponían triste, desaparecieron ante la nueva perspectiva que, en su vida de macho jubilado, le aseguraba esa fortuna inapreciable que consiste en "pertenerse a sí mismo".

*

La pereza no es madre de todos los vicios; bien al contrario, es la condición propicia para que los seres imaginativos y fantaseadores urguen en los vericuetos del ensueño, padre legítimo de la Ciencia y del Arte. Un momento de pereza bien aprovechado puede ser el origen de un progreso valioso—como en el caso de Santiago Watt y de su tetera, o como en el de tantos intelectuales, que en horas de ocio concibieron las obras que nosotros imaginamos fruto de arduos empeños.

Viviendo en la pereza de los soleados potreros, halagado por la isócrona orquesta de las chicharras, acariciado por el sol y sintiendo que los vientos olientes a poleo le peinaban el lomo, Colihuacho se intelectualizó.

Y como es propio de intelectuales observar y concebir, Colihuacho observó en torno suyo atitadamente, concienzudamente. Vió que entre todos los animales de la hacienda reinaban desigualdades irritantes, que se rendía homenaje a estúpidos prejuicios, que el egoísmo era una ley, la cursilería una devoción, y la ignorancia un culto. Y entonces concibió una obra de ideal, cuya grandeza le produjo un estremecimiento en el lomo, echando a volar un enjambre de moscas: poner todo su empeño en combatir aquellos yerros y en señalar al mundo animal que poblaba la hacienda derroteros para una vida más progresista, más armoniosa, menos saturada de falsías y mentiras.

Y lo que es raro en un intelectual, Colihuacho ideó y acordó realizar su idea sin tardanza. Porque, malogrado su pasado de luchas y sinsabores, ese mal del siglo, que se llama abulia, nunca clavó sus garras en el encéfalo del macho idealista.



Dió algunos trancos y asomó su cabeza filosófica por sobre la vecina tapia.

Desde Confucio hasta Lutero, todos los reformadores han comenzado por destruir para edificar. Colihuacho en su modesto ideal de reformas no podía eludir la tradición y se dispuso a seguirla.

Barajaba en su magín la idea de que, al igual que entre los humanos, la más preciosa conquista de las bestias es la libertad de conciencias y de criterio; que las idolatrías caequescas—que transforman a los hombres en carneros—en los campos transforman a los carneros en hombres; y meditando un golpe al ídolo del fundo Colihuacho cruzó el potrero, rumbo a los pastales de engorda, donde sesteaban las boyadas.

De paso se detuvo a saludar un grupo de vaquillas retonzonas.

—Adiós, señoritas—les dijo.

—Adiós, señor—mugieron ellas con suavidad.—¿Cómo se encuentra aquí? Hasta ahora se ha dejado ver poco. ¿Está bien?

El macho tuvo el impulso de mentirlas: decirles que “antes estaba mejor, que ahora se resignaba a vegetar en la Hacienda”, todo para fingirse de importancia ante ellas. Pero el ingrato cominillo de la verdad había invadido su corazón y por esto les respondió sinceramente:

—Me encuentro como nunca de bien...

—Nos alegramos mucho porque así estará contento entre nosotros. Ya habíamos oído hablar de Ud. (las vaquillas mentían). El

capataz lo elogiaba el día en que nos trajeron del espinal; por sus condiciones Ud. honra a la hacienda...

El elogio era harto exagerado para que Colihuacho olvidara su triste pasado de macho acarreador de tarros lecheros; de manera que cortó el diálogo, diciendo:

—Muy agradecido de Uds. y dispuesto a hacer cuanto esté de mis patas para pagar sus atenciones. Hasta luego...

Y borseando la cola siguió su camino.

Pero al enfilar el potrero vecino un nuevo encuentro lo detuvo: era un piño de potreros mestizos, que se acercaron a él entre curiosos y deferentes.

—¿Cómo está, señor?

—Para servir a Uds.

—¿Por fin parece que se queda entre nosotros definitivamente? Ya sale de su aislamiento.

Colihuacho que estaba por la sinceridad absoluta les respondió:

—Las circunstancias son las que mandan.

—Ojalá se quedara usted entre nosotros porque aquí hace falta una nota nueva, aquí no hay más macho que Ud. y con lo que Ud. ha viajado y conocido ¡vaya! todos hemos de ganar en el fundo.

Colihuacho pensó en su ideal y repuso:

—Para cualquier cosa de provecho se necesita del concurso de los jóvenes. La juventud es la que triunfa e impone sus ideales...

Uno de los potrones, el que parecía hacer de jefe de la piara y se daba aires de distinción, azotándose las ancas con la cola, murmuró con desaire:

—Los ideales...

Y los demás relincharon todos de acuerdo:

—Los ideales...

Después le otorgaron algunos elogios:

—Esperamos sus luces.

—Ya es sabido el ingenio del macho... el de los machos de familia, por cierto; porque los otros...

Tentado estuvo Colihuacho por fabricarse allí mismo un linaje ilustre, haciéndose venir por rama directa de la burra de Balaam; pero su ansia de verdad lo hizo callar y despedirse con un leve amugar de las largas orejas.

Ya en los potreros de engorda Colihuacho se detuvo para buscar una forma de realización a sus propósitos; pero casi al punto los diversos grupos de bueyes y de vacas que lo habían visto llegar—extrañados de aquel acto de sociabilidad del macho—vinieron hacia él con el lento andar de animales graves; los bueyes con el ancho tatus amortiguado por el peso del yugo, las vacas con el paso reposado de las hembras prolíficas.

Y antes de que el macho modulara un relincho un ramillete de elogios vacunos había caído sobre él. Entonces, acorralado junto a una hoguera, Colihuacho sintió sobre su trahejado lomo la zarpa de la tentación.

¿No era mejor plegarse a esa vida ficticia de la hacienda y entregarse al regalo que todas aquellas simpatías le ofrecían?

¿No le estaría bien abandonar su idea de reforma y aceptar las cosas como se presentaban?

¿No son la ingratitud y la befa la cosecha de todos los sembradores de ideales?

Y el macho dudó...

El instante de duda que ha sobreecojido en el pináculo de sus esperanzas a todos los idealistas!

Pero en ese momento las vacas iniciaban una retirada discreta—porque al igual que entre los humanos, entre los animales es cosa sabida que en toda reunión de varones se dice siempre algo que, decorosamente, no deben oír las señoras...

Entonces Colihuacho abordó su asunto.

Había en la hacienda un toro entrado en años que, por designio de lo imprevisto, era árbitro de opiniones, señor de criterios, dispensador de aplausos y censuras. En el rol de animales del fundo figuraba con el nombre de Pimiento, alusión a cierta mancha roja que le adornaba una paleta.

Pimiento se había impuesto a la consideración animal de la hacienda. Se decía:

—“Pimiento” picaña así.

—Esto dijo “Pimiento”...

Y “Pimiento” pacía gravemente al halago de aquellos respetos y homenajes rendidos a su importancia de animal distinguido ya en dos exposiciones.

Osado hubiera sido quien contradijera un modo de pensar al “champion” del fundo en el orden vacuno!

Los mismos solidúngulos—que por su ligereza e impetuosidad desempeñan en la política de los campos el papel de los radicales consideraban a “Pimiento” y tenían fe en la palabra del respetable rumiante.

Era un cacique aquel toro...

Pues bien, Colihuacho que en sus andanzas poblanas había conocido lo que eran las exposiciones (locales del parlamentarismo animal) y hasta asistido a una de ellas conduciendo un carro con aves de corral, nunca supo que “Pimiento” hubiera sido premiado y por ende no se explicaba el bestial homenaje que se le rendía. Si “Pimiento” figuró en alguna exposición nadie había reparado en él y como el nombre del respetable vacuno jamás lució en las listas de los premiados, Colihuacho comprendía que la importancia de “Pimiento” no era más que el resultado de un error o de un engaño.

Dispuesto a desenmascararlo se colocó entre los graves bueyes, giró en torno la testa y con firme relincho dijo:

—“Pimiento” no es nadie...

Parecieron no comprenderle—¡tan imposible era aquella declaración!—y entonces relincho más fuerte:

—“Pimiento” no es nadie. Absolutamente nadie. Los ha estado engañando; nunca ha figurado en las exposiciones, ha ido a ellas como caruza nada más...

Los bueyes alzaron las cornadas testas algo sorprendidos, los novillos se agruparon en torno de Colihuacho llenos de interés; y el macho, aprovechando aquel instante de es-

pectación les dió detalles reveladores para probarles las engañosas del champion.

Pero contra lo que Colihuacho esperaba, aquellos cornupestos, reconociendo su engaño, se volvieron retraídos y ninguna manifestación de agrado les produjo la revelación. Uno que otro bucy aprobó la conducta del macho débilmente; pero la mayoría del piñacogió la verdad con manifiesto desagrado. Porque los animales, aún reconociendo el engaño en que han vivido, difícilmente perdonan a quien les destruye una ilusión...

—Muy bien, amigo — le dijeron — tiene Ud. razón.

—Está en la verdad, sin duda.

—Es plausible su independencia para juzgar a un animal de campanillas...

Y con su tono frío y despectivo los vacunos acusaban la falta de importancia que le daban al hecho de que "Pimiento" — que lo era todo—ahora resultara un "Pimiento" que no era nada.

Algo sorprendido Colihuacho se alejó de los retraídos ruminantes, sumido en hondas cavilaciones. Se iba orillando una cerca cuando tres rollizas vacas

Durham la salieron al paso.—Vecino—le dijeron—Ud. que es animal de opiniones y tiene autoridad puede sacarnos de una duda...

—Dada no—corrigió la más lozana de las vacas.—El señor puede pronunciarse sobre lo que nosotras pensamos, nada más.

—¿Y qué es ello?

—Nosotras estimamos que aquí en la hacienda las vacas de más importancia somos nosotras, porque la familia Durham vale más que la Holandesa... esa que está allá abajo. ¿Qué opina Ud.?

La consulta era engorrosa, pero para no caer en la majadería de la adulación Colihuacho afirmó que también las vacas Holandesas tenían su importancia...

—La tendrán—le respondieron—pero entre ser vaca de buena carne y de darse infulas por veinte litros de leche, nosotras creemos que lo primero vale más.

—Veinte litros de leche son mucha leche —reflexionó Colihuacho en voz alta.

—Oh! Entonces para Ud. la vaca mestiza tiene que ser la mejor. Es cuestión de la vida que se ha llevado: los animales criados a potrero piensan de modo diferente que los que hemos sido criados a pesebrera.

Era gruesa la grosería; pero el macho no se inmutó: suave y digno les respondió:

—No vale la pena haberse criado a pesebrera para distinguirse sólo por la abundancia de carne...

Y se fué sin querer poner oreja a los mugidos malévolos que ellas le lanzaron.

*

En las haciendas de relativa extensión—como los pueblos provincianos—las noticias se propagan con rapidez. Dos días más tarde de su primera jornada de reformador Colihuacho se dispuso a nuevas andanzas, pero se encon-

tro con que una animosidad unánime flotaba en el fundo contra él.

En todas partes se hablaba del macho.

Y se hablaban pestes:

Que sin derecho alguno había zaherido al respetable "Pimiento" que le doblaba la edad; que se exponía con ello a una corneadura; que le había faltado al respeto a la familia Durham, burlándose del valor de sus carnes; que se había reído de la leche de las Holandesas, y soldado no sé qué frases de doble sentido para los potreros animosos y las vaquillas lozanas.

Y a medida que las noticias corrían—corrigiéndose y aumentándose de beifo en beifo — la figura del iluso Colihuacho se



Había en la hacienda un toro entrado en años.

iba tornando antipática, mezquina y agresiva.

Ya no era más que un macho presuntuoso, lleno de envidias y malquerencias; un macho aparecido, de aires intolerables. El feliz se había, sin duda, creído de importancia por las lisonjas que se le hicieran, no sabiendo distinguir los mugidos de compromiso y los relinchos de buena educación.

Todo se transformó en agresiones para Colihuacho. Hasta las ovejas y los carneros, que triscaban en la loma, balaron algo insultante en contra del macho.

Desolado por todo aquello, el animal no sabía cómo explicarse tales cosas. Y procuró justificarse ante sí mismo de lo que había hecho.

¿No era verdad que "Pimiento"—en el orden de las exposiciones—no había obtenido los éxitos que se le atribuían?

¿Acaso la leche de las Holandesas no vale tanto como la carne de las Durham?

¿Alguien podía negar la necesidad de que los potreros animosos y jóvenes tuvieran ideales y lucharan por ellos?

Tuvo la esperanza de justificarse, explicando su pensamiento; pero sumido en tantas cavilaciones la noche le sorprendió en medio de un potrero. Caminó entonces al azar, presintiendo el haber incurrido en grave error.

Y sin quererlo, sus patas le llevaron por los mismos parajes que recorriera dos días antes, pero ahora amilanado por la grave car-

ga de las dudas. De entre unas zarzamoras le relincharon algo amenazante; de más lejos llegó hasta él un mupido agresivo...

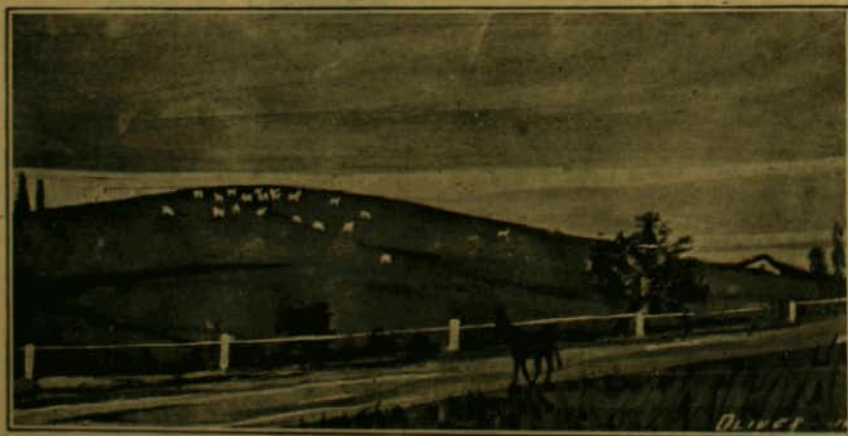
No fué el temor sino más bien el fuerte deseo de disipar tan injusta actitud el que le hizo aproximarse al extremo del potrero donde pernoctaban las vacas. Quería hablarles, y pues para cosa de los sentimientos se dice que las hembras son más comprensivas, interponer la influencia de ellas ante el mundo animal de la hacienda. Pero ¡oh, dolor! las bovinas lo dejaron aproximarse y cuando le tuvieron a propicia distancia se agruparon en torno de él y... Colihuacho sintió una feroz cornada en los hijares.

De un brinco el incauto solidángulo se separó de ellas; no era la herida muy grande, pero como en materia de cornadas es sabido que las de las vacas son más enconosas que las de los toros, el macho tuvo miedo.

Un miedo que le puso tirante la piel y que aumentado por las sombras de la noche le hizo creer que toda esperanza de armonía había desaparecido para siempre, que la Hacienda hospitalaria iba a ser en adelante un yermo triste para el liso animal... Vió su error, comprendió su error, lamentó su error!

Y echado en un rincón, junto a la cerca, dejó que la noche lo envolviera en su manto.

La luz del nuevo día tranquilizó su espíritu atormentado; la calma lo volvió al dominio de sí. Una reacción formidable se ha-



Hasta las ovejas y carneros que brincaban en la loma, balaron algo insultante en contra del macho.



De paso, se detuvo a saludar un grupo de vaquillas retozonas.

cía dentro de él, reacción que al fin tomó forma y se cristalizó en un solemne relincho:

—¡Quién me mete a mí en estas cosas!

Y como en aquel momento despuntaba el sol por sobre los potreros y a su caricia el pasto adquiría reverberaciones suculentas y brillaban las aguas y se hacía oloroso el viento, Colihuacho recogió la más profunda y reconfortante de las verdades: que, a pesar de la actitud del mundo animal de aquella hacienda, la naturaleza no había cambiado en nada para el macho que sabe comprenderla y gustarla.

Dió algunos trancos y asomó la cabeza filosófica por sobre la vecina tapia.

Unos bueyes pastaban con gravedad.

—Que pasten,—pensó Colihuacho.

Unas vacas iban camino de la lechería, todas llenas de presunción.

—Que las ordeñen cuanto quieran...

Los potreros cruzaron a lo lejos corriendo como si tal cosa fuera toda su misión.

—Que corran...

Unas vaquillas de raza se alejaban de un grupo de mestizonas, haciendo aspavientos cursis.

—Que se cursilericen...

Y en el distante potrero de las engordas se

oía el ronco mugido del grave "Pimiento".

—Que brame y se dé importancia. Se la merece...

Y el alma del macho tuvo un desprendimiento absoluto por todas aquellas liviandades terrenales.

¡Qué bien se estaba en aquel abrigado rinconcito hasta donde los ruidos de la vida animal llegaban como lejanos balidos, como apenas perceptibles relinchos!

Y ante la idea de haber querido abandonar su retiro para una aventura ideal, Colihuacho, comparando lo pasado con lo presente, reconoció que se está muy bien acompañado cuando se está solo.

*

Alguna vez el macho idealista tiene la curiosidad de saber lo que pasa en la hacienda —en donde tanto se comentara su aventura de reformista—y entonces asoma la testa por sobre la tapia de su rincón y... como la Naturaleza no le concedió la risa a los animales, es esta circunstancia la que le impide (viendo lo que ve) morirse en un ataque de hilaridad.

Chillán, agosto de 1915.

